

LA BELLA CUBANA

JOSÉ MARÍA CONGET

LA BELLA CUBANA

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: diciembre de 2014

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez

Imagen de la cubierta: © Miguel Conget Cruzado

© José María Conget, 2014

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2014

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www-pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15894-71-1 • DEPÓSITO LEGAL: V-2703-2014

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

*A Maribel,
que pone música a mis libros
y a mi vida*

“Yo no soy yo.

Soy este

que va a mi lado sin yo verlo;

que, a veces, voy a ver,

y que, a veces, olvido.”

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Esta ciudad alberga lugares que visité por primera vez en mis pesadillas. Incluso en sueños tengo la impresión de haber recorrido ya, hace años, esos pasillos flanqueados de puertas cerradas y acechados, al fondo, por una temblorosa penumbra. A la Rizos nunca la había visto, de eso estoy seguro, aunque no era la primera vez que yo cruzaba delante de la entrada del hotel Evans. Como sabes, me siento más anónimo –todavía más– en los alrededores de la estación de autobuses, ese área agreste donde toda miseria encuentra su rostro humano. Toleró bien la pestilencia de la zona que al principio yo atribuía a la grasa del McDonalds, que hace chaflán en la 39, mezclada con los vapores úricos habituales, pero desde la hamburguesería hasta la salida del metro se cuentan tres o cuatro manzanas de distancia y a lo largo de todas ellas te lastima el olfato ese nauseabundo aroma que, me percaté luego, se desprende de los cuerpos de hombres y mujeres que deambulan náufragos por allí. ¿Ya no me repugna la suciedad? Es que no soporto la belleza. Entre la multitud costrosa, sobona, pedigüeña y turbia que al anochecer pulula en torno a los aledaños de la Octava y la 42 nada me puede herir. En la acera este, por ejemplo, chispean las luces de un *peep-show*. “*Live girls*” anuncian los carteles. Nunca he entrado. Por su ubicación deduzco que miss América no se encuentra entre las ofertas a los mirones, pero quién sabe si alguna de esas “chicas vivas” no ha conservado una par-

cela de juventud o de hermosura en las sienes, en la olvidada nuca, en la curva blanca de las ingles, y yo me echaría a llorar al contemplarla —es un decir, yo nunca lloro—. Prefiero frecuentar las calles de un poco más abajo, al borde ya de la decencia, pero donde putas con forúnculos y cicatriz en la mejilla y morreras sospechosas agrietando las comisuras tristes de los labios hacen su ronda desesperada a unos metros de la luz amarillenta que fluye del hotel Evans al que siempre me invitan a subir, *honey*, vamos a descansar juntos, dicen, y es verdad que parecen muy cansadas.

—Lloverá el día de la boda, ya verás.

No lloverá. Te decía que a la Rizos no la había visto antes. Me habría acordado de sus greñas sebosas y de la boca emborronada de rojo por una mano insegura e impaciente. Tampoco me he inventado su apodo. Escuché la despedida de la otra que parecía más vieja pero más pulcra, *see you later, Curly*. Se desdibujaba la figura de la Curly bajo el blusón negro flotante y los pantalones abolsados. Tenías que haberle oído la risa. Me fijé en ella por la risa. Era medio mulata, con la cara a bultos y los pómulos coloreados como los del payaso sabio del circo Atlas, si te acuerdas. Y emitía una carcajada escandalosa y juvenil cuya incongruencia inspiraba algo parecido a la piedad. Me captó con el rabillo del ojo. *Let's have a nice time*, dijo. Aflojé el paso. *Not tonight*, respondí. Siguen identificando mi acento para fastidio de mi amor propio si yo tuviera amor propio. ¿Subimos un ratico?, propuso entonces en español. Acepté no por el cambio de idioma sino por el diminutivo. Era ya de noche y las cristaleras de los almacenes de enfrente se iluminaban a ráfagas cuando pasaba un autobús por la avenida. Pensé, no sé por qué, que en el interior de aquellas bajeras se tropezaría uno con cadáveres. Pensé que cometería una estupidez peor subiendo las escaleras del hotel Evans, que sólo podían conducir al suicidio o a la lo-

cura. Pensé en la muerte, pienso en la muerte todas las tardes. *See you later, Curly* se despidió la amiga, porque la Rizos estaba charlando con una amiga, ¿ya te lo había dicho? Ven, me cogió de la manga. A veces tengo la impresión de que la realidad está filmada al ralentí, los sonidos se acorchan y uno transita por la vida como por un espacio irreal. ¿Cuánto cuestan, Curly?, pregunté y mi voz llegaba desde siete calles más al sur. Veinte pavos y la rum, chico, qué es eso para ti. Me tomó la mano. Tenía la palma áspera y húmeda. Subió a saltitos, era ágil y eso me sorprendió. Yo sin embargo mantenía la impresión de ascender a cámara lenta como para registrar en la memoria los desconchones de la pared, los *graffitti* obscenos, los restos de basura en los peldaños. La corbata se me había salido de la cintura y se balanceaba como un ahorcado. Venir a estos sitios con corbata. ¿No es grotesco?

—Han traído muchas manzanas los de Murchante.

En el primer rellano ocupaba Caronte un garito rinconero y minúsculo cuya pared acribillaban varias ringleras de escaupias con llaves numeradas. Caronte escuchaba música *country* en radio invisible, una barba grisácea le enmarcaba el hastío del rostro y por la manga izquierda de la camisa asomaba un muñón. La Rizos lo saludó jolgoriosa. *A key for a nice time, sweetheart, the gentleman here's paying*. Me agaché para abonar diez dólares y mi corbata colgó lacia como un símbolo freudiano de lo obvio. Caronte me miró a los ojos sin curiosidad pero con la atención indiferente y objetiva de un médico fatigado. Unas escaleritas más, mi amol, me incitó la mulatica. Dejamos a un lado una galería que se adentraba hacia las oscuras entrañas del Evans y jadeamos hasta otro corredor al que un bombillón huérfano, en el centro, daba un aire expresionista y fatal. Detrás de las puertas se oían voces, alguien corría muebles, todo muy opaco,

un rebullir de fieras enjauladas para que tú me entiendas. Rizosa y alegre me abrió la caribeña la puerta de la rum: un camastro, un lavabo bajo espejo leproso, una silla desvencijada, una ventana que estoy seguro no daba a ninguna parte, las paredes adornadas de manchas de humedad en las que una pitonisa idiota habría auscultado un porvenir evidente, y la Rizos que cerraba con llave y se la guardaba en el bolsillo. ¿Por qué haces eso?, indagué. Para más privacidad, dijo y agradecí que hubiera preferido el anglicismo a una intimidad inquietante. Se repantingó en el lecho, por hablar poéticamente, y me dijo págame ahora y bájate los pantalones, o tal vez en otro orden, no me acuerdo, todo a partir de ese instante es más bien siniestro o a lo mejor sólo ridículo, a quién si no a ti contarte estas historias de waltdisney borracho, no agradecerás la confianza pero qué le vamos a hacer.

—¿En autobús o en tren? Tarragona, Tarragona. Decías que no era Tarragona.

No, no, tenías razón, Tarragona. Me bajé el pantalón y luego busqué la cartera agachándome para hurgar en el bolsillo, saqué los veinte dólares mientras la Rizos me atraía hacia sí, de espaldas, me agarraba por la cintura, ella sentada en el campo de plumas, yo con mis pantalones por los tobillos, me bajó los calvinklein y me pasó una lengua babosa entre las nalgas, una mano me apretaba los huevos, empuñaba mi languidez. Me volví hacia ella. Yo la tengo más golda la pinga, dijo y se sobó la bragueta, así de golda. Observé el bulto y comprendí, tarde, que la fea cubana, la Rizos, era en realidad un cubano feo, el Curly. No me esperaba esto, murmuré, o una tontería similar. Quise subirme los pantalones pero estaba pisando una de las perneras y casi pierdo el equilibrio, qué cómico ¿no? Tú no te vas, hablaba entre dientes el antillano rizado y se rebuscaba por las ropas de donde extrajo al fin un estilete que, me fijé, era la mitad de unas tije-

ras. Lo que llevas, caballero, a ver esos dólares ricos y te vas tocando la pinga para mí y aprisita, se incorporó y me acercó el pincho a la corbata, a estos sitios con corbata a quién se le ocurre, pensé yo, le di los billetes que me quedaban pero el ya nada dulce Rizos me arrebató la cartera de un manotazo, a ver, no le interesaban las tarjetas de crédito ni mi carné consular y tiró todo al suelo, y me volvió a ordenar que me tocase la implume y él se iba aproximando a la puerta, la abrió y se las piró como el rayo, yo hacía una bella estampa en medio del cuarto, tendrías que haberme visto, el pantalón pisoteado, el calzoncillo a la remanguillé, en la mano la picha triste y el corazón que me trotaba por el cuello y por la espalda y ese espectador que llevo dentro muriéndose de la risa, gilipollas, con corbata en estos sitios.

—Mashartaquetarragonadepescasao decía y yo a verlas venir, como si tal.

Me aderecé la ropa, por fin, recogí la cartera y su contenido, noté que estaba temblando. Una mujer astrosa se asomó, ¿ha ocurrido algo?, nada de importancia, le dije. ¿Quieres compañía?, insistió, no me queda nada para pagar tu suavidad, contesté. Trastabillé por el pasillo, estuve otra vez a punto de caerme por las escaleras, me temblaban las piernas pero el corazón retrocedía muy despacio hacia su establo permanente. Caronte ni siquiera levantó la cabeza cuando pasé de largo. Llegué a la calle y sentí arder las mejillas y frío por todo el cuerpo, unas ganas horribles de orinar. Miré la hora, podía la Rizos haberme quitado también el reloj. Nadie me esperaba en casa, era temprano, decidí perderme unos minutos entre las buenas gentes de la 42 y Octava para sosegar el pulso, mear como ellos contra una esquina. Me adelantaba al día de hoy, esta mañana luminosa y tierna y yo contándote mi aventura con la Rizos el Curly. ¿Y si me hubiera clavado el tijero? Un escalofrío me reco-

rrió y no sólo de terror, no, en realidad no tenía ese miedo retrospectivo que es más venenoso que el actual, el escalofrío era casi de placer imaginando la noticia, el escándalo en las graves oficinas patrias, la cara de Beata la consulesa, morir en el hotel Evans, qué muerte fantástica y prodigiosa, me eché a reír a borbotones, por esos andurriales a nadie le llama la atención que uno se ría así, doblado de riñones igual que quien padece un cólico, y me entregaba a la risa como a un mar, qué gusto, sabes, qué liberación, morir en ese purgatorio escondido de Manhattan y con aquella corbata negra de nudo perfecto, oye, sí, era Tarragona.